


DIJO EL PRESIDENTE DE FEUC: 

"El Gremialismo no Tiene Más Adversario que la Demagogia y Politización"

Con motivo de la celebración del 85.º aniversario de la Universidad Católica de Chile se efectuó una ceremonia en la cual usaron de la palabra el Rector-Delegado, Vicealmirante (R) Jorge Sweet; el presidente de la Asociación de ex alumnos, Gabriel Cuevas, y el presidente de la Federación de Estudiantes de esa universidad, Arturo Fontaine T.

El discurso pronunciado por el presidente de FEUC fue el siguiente:

"Señor

Gran Canciller de la Universidad, Señor Rector, autoridades presentes, miembros de la comunidad universitaria:

Sean mis primeras palabras un sencillo agradecimiento a la posibilidad que se le ha dado a la FEUC de hacer uso de la palabra en este aniversario solemne. En ocasiones conmemorativas como ésta, la mirada hacia el pasado no tiene mero afán arqueológico o sentimental. La esencia del aniversario es hacer un alto en el camino en el cual se hace presente: 1.º Nuestra raigambre y sustento en el pasado. 2.º La necesidad de renovar el acto originario fundador de la institución que se conmemora. Por eso estamos aquí.

La Universidad Católica no ha surgido por ello, tampoco, espontáneamente. Fue el fruto de una decisión pensada y discutida en el seno de la Iglesia. Y si prevaleció la idea de crear nuestra universidad fue porque se juzgó necesaria la institución de un ámbito de cultura superior, que se aproximara a sus objetos de estudio, añadiendo a la razón natural, la iluminación y proyección de lo sobrenatural. Lo cual, por cierto, no implicó nunca el que la calidad intelectual fuera un factor menospreciado o atropellado, sino que, al contrario, sólo en la plenitud de él y en comunión con las verdades de la fé, la UC cumpliría su misión.

Bien pronto, sin embargo, hubo ya algunos gérmenes de destrucción y tergiversación de la auténtica idea primitiva: me refiero a los gérmenes de la politización.

La tendencia a ponerlo todo al servicio del poder político ha sido una inclinación constante de Chile y fuente de sus fracasos. Esta mistificación del poder real de la política, esta gran ilusión y desilusión repetida, consistente en cifrar todas las esperanzas en un nuevo gobierno en un nuevo partido, es una mala tendencia que tergiversa un gran valor nacional: el espíritu de participación en la vida pública, la importancia dada a la dictación de las normas de convivencia ciudadana, el estilo de cabildos y movimientos cívicos. La tergiversación de todo ello es la politización— que supervalorando lo político lo pone todo a su servicio sin respetar la naturaleza propia de las cosas— y que descansa siempre en una demagogia consciente o inconsciente. La demagogia ha sido siempre la asesina de la democracia. Más aún: la demagogia destruye cualquier régimen porque destruye la esencia de toda auténtica conducción política que es el realismo. La demagogia consiste en creer y hacer creer más allá de lo posible, en generar anhelos y esperanzas que no serán cumplidos, en prometer, como decía Dostoievsky: construir una torre de Babel, no para subir de la tierra al cielo, sino para bajar del cielo a la tierra.

Por eso el marxismo es la más grande de las demagogias de nuestro siglo.

Alrededor de los primeros años de la década del 60 fueron grupos políticos los que frustraron la puesta en marcha de una reforma universitaria seria y académica. Posteriormente ese legítimo anhelo no cumplido fue utilizado —agitando la bandera de la reestructuración del poder universitario— culminó en la toma política del año 67. Este acto violento fue el primer hito en la embestida contra el estado de derecho y la institucionalidad democrática que realizaron los sectores demagógicos y que alcanzarían toda su intensidad en los últimos dos años. Desde ese mismo instante, sin embargo, los sectores realistas y antidemagógicos, queriendo liberar a la UC del tutelaje político, se comenzaron a congregarse bajo un nuevo movimiento: "el movimiento gremialista".

El año 1969, contra viento y marea, el gremialismo, conducido por Ernesto Illanes alcanza la FEUC. Desde ese día esta Federación no ha querido sino servir a la UC—y —por su intermedio— a Chile. Y no ha tenido más adversario que la politización y la demagogia. En efecto, el gremialismo sostiene que la U. solo es útil para Chile —y en especial a los pobres de Chile— si es fiel a su misión: crear y transmitir el conocimiento superior del hombre. Tal es su función social, es decir, su modo propio de servir a la comunidad, y, particularmente a los pobres, ya que la solución real —y no sentimental y dulzona— a los problemas materiales de un pueblo se encuentra sólo en base a un alto desarrollo científico y tecnológico. Fueron justamente estos sectores modestos los que sufrieron más duramente el efecto del engaño marxista. Porque en Chile la experiencia marxista no solo fue un fracaso: fue un fraude. En el fondo, todo intento demagógico radical, es un fraude.

Por ello, en defensa del pueblo y de los intereses permanentes de Chile, el gremialismo se transformó en un vasto movimiento cívico, y adhirieron a él los grupos más variados y disímiles, unidos por lo que es esencial al gremialismo: la lucha contra la politización y la demagogia; el anhelo a vivir conforme a la realidad, y no según ilusiones mentirosas. Por haber atacado al marxismo en su

médula —su carácter intrínsecamente falaz y demagógico— el gremialismo fue siempre un vehículo de unidad para los sectores no marxistas.

Esta comunidad universitaria entera —profesores, administrativos, alumnos— se embarcó en la lucha. Hitos importantes de ella son: Las marchas en pro de la extensión de Canal 13, primera vez que la oposición salió a las calles; el heroico paro de octubre; la campaña contra la ENU, la solidaridad, ayuda y defensa aquí de los mineros de El Teniente; la recolección de firmas pidiendo a Allende su renuncia; la concentración frente a la U, de las mujeres gremialistas de Chile pidiendo la renuncia, último acto de masas, hecho 6 días antes del pronunciamiento militar. Lo hecho obliga y promete para con el presente y el futuro de Chile.

No bien asumió la Junta Militar, se desató contra Chile una feroz campaña de ataques injustos y mentiras. Uno de los puntos de especial virulencia ha dicho relación con la intervención con las Universidades, medida que era indispensable si se quería limpiarla del marxismo militante que en ellas estaba incierto, y orientarlas rápida y eficazmente hacia el logro de sus objetivos propios, como sedes del saber.

Pero el ataque a Chile tiene causas más profundas. Ha fracasado la táctica llamada por los comunistas "Vía Pacífica". Y ha fracasado doblemente por no ser pacífica y por no ser vía conducente. Tres razones estropean la tesis de la vía pacífica: 1.º El P. C. no pudo controlar, ni evitar —ni en sus aliados ni en sí mismos— el extremismo. 2.º El Gobierno se vio forzado a quebrar la juridicidad a causa de la dinámica misma del proceso. 3.º El sistema democrático jugó limpia y ordenadamente todas sus cartas: juventud, mujeres, gremios y sindicatos, partidos políticos, Congreso Nacional, Tribunales de Justicia, Contraloría de la República. El Ejecutivo no tuvo otro sustento, entonces, que la fuerza: ésta estaba dividida en dos: por una parte, la fuerza institucionalizada (Fuerzas Armadas y Carabineros); por otra parte, lo que la UP llamaba "El pueblo organizado", y eran sus grupos armados ilegales. La esperanza del comunismo era contar con la sumisión servil e irracional de la fuerza institucionalizada mientras se armaban sus partidarios. Lo cual una vez hecho, permitiría enfrentar la guerra civil, con posibilidades de buen éxito. No obstante la realidad se volvió en su contra: las Fuerzas Armadas y de Carabineros no eran en Chile un conjunto de dóciles esclavos, "la fuerza bruta". Por el contrario, los hombres de armas de este país se caracterizaron siempre por su abnegado patriotismo, por su espíritu reflexivo y moral intachable. Estando en juego los intereses permanentes de Chile, no cabía una servil y sumisa irracionalidad: No había en los militares fuerza bruta, sino hombres libres. La democracia supo jugar su última carta y esta actitud no es ajena a la tradición de nuestras FF. AA. y de Orden, ya que ellas han intervenido siempre en los momentos cruciales de Chile: Lircay, la revolución del 91, los movimientos del año 24, marcan etapas en la historia de Chile.

Por todo ello, aquí, en este humilde rincón de la tierra ha fracasado la vía falsamente pacífica urdida por el comunismo internacional, que ha recibido un golpe del cual tardará en recuperarse: Pues la vía violenta es cada vez más difícil.

Pero más allá de nuestra situación actual, y respondiendo al deber propio de la U. que es pensar la realidad, conviene preguntarse: ¿Se ha cometido el delito de atacar contra la democracia? ¿Qué ocurre? ¿Hemos manchado nuestras manos terminando por sostener lo que otrora atacábamos? Es necesario ensayar estas preguntas, pero no para intentar respuestas definitivas o dogmáticas.

A mi juicio, la complejidad misma de la realidad exige —cada vez de modo más imperioso— que las grandes decisiones las tomen los que saben. Por otra parte, el anhelo a la participación social que hoy recorre casi todas las sociedades democráticas, muestra que el voto tradicional ha ido dejando de ser lo único decisor. Tal vez la antigua aspiración de Platón, se esté, en parte, cumpliendo: la unión de los que saben y de la fuerza. La unión de la razón y de la fuerza al servicio de Chile es lo que anuncia el lema del escudo nacional. Fuerzas Armadas y técnicos competentes se juntan hoy para poder servir al pueblo y enfrentar las nuevas situaciones que el devenir histórico plantea. Si ello puede lograrse en sistemas democráticos o no, dependerá de las circunstancias y de la virtud de los ciudadanos, en la cual descansa, según Montesquieu, toda democracia; lo cual no significa de por sí lesión a los derechos permanentes de la persona humana, ya que ellos están más allá y por encima de las formas contingentes de gobierno. ¿Es así o por el contrario es de otro modo? Es posible que lo dicho no sea exacto. En cualquier caso es misión de la U. pensar con libertad y no queriendo ver dogmas donde no los hay.

En este día de aniversario, los estudiantes sentimos el deber de agradecer, por una parte, lo que aquí se nos da y que a mucho nos obliga. Y por otra, queremos —empapados de espíritu que generó la creación de la U.— renovar nuestras carreras académicas con generosidad cristiana y patriotismo. Chile lo exige así, hoy más que nunca.